

Si EEUU no le declara la guerra a Irak, debería volver a caer el precio del petróleo, si así sucediese, las explosiones por hambre se pueden volver a repetir en cualquier ciudad venezolana. Si le añadimos las luchas que vendrán por aumentos salariales, ya que las impone la devaluación y consiguiente subida de precios, estos peligros obreros impondrán la unión de las dos serpientes y, aunque no se fien la una de la otra, actuarán juntas contra el proletariado que es el verdadero peligro para sus negocios.

Si observamos las declaraciones de Hugo Chávez después de su secuestro, se nota que ha vuelto impregnado por el llamado síndrome de Estocolmo, o sea, que ha vuelto repitiendo lo que piden sus secuestradores: "Nosotros hemos cometido errores, he reflexionado en mi cautiverio y sí, hay cosas que corregir" (El País, 16-4-2002). Y, al día siguiente, daba otro paso: "El mandatario ha pedido perdón públicamente a los gerentes de la compañía estatal Petroleos de Venezuela, SA (PDVSA) a los que despidió hace semanas en su programa televisivo *Aló Presidente*" (5 Días, 17-4-2002). Aquí reconocía a los verdaderos detentadores del poder en la economía. En los siguientes llamados se recurre a las iglesias, a sus religiones y a Dios:

"En su primer mensaje al país, el restituido mandatario hizo un llamamiento a la calma y a la "unidad, respetando las diferencias, a la cordura, al entendimiento, a la Iglesia católica y a la evangélica, a las religiones, a los empresarios, a los partidos políticos y a sus líderes, a los sindicatos y a los medios de comunicación" (...) "en Venezuela hay un proceso democrático que no se ha detenido por nada ni por nadie porque es la expresión de Dios". (5 Días, 15-4-2002). Con sus secuestradores, "Chavez prometió ser magnánimo con todos

ellos, incluido Carmona, y "enviarlos" a casa" (Ibi.). Si estas confesiones son ciertas, como parece, podríamos estar a un paso de la condena de las sublevaciones, siguiendo la senda de Bolívar a finales de 1829, poco antes de su muerte. Al final de su vida, el "Libertador", renegó de su pasado al afirmar:

"Nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones, y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles" (S. Bolívar, Obras Completas, Vol. II, pág. 922, La Habana-1947).

Es decir, los bolivarianos de hoy, manteniendo la misma casaca y la misma boina colorada abrazarían sin rencores las doctrinas de la Iglesia, de Fedecámaras, CTV, adecos y copeyanos. Sólo podemos desearles el ¡Así sea!

Los marxistas, independientemente del partido o grupo burgués gobernante, tenemos dos funciones: denunciar la explotación y ayudar al proletariado a organizarse para luchar contra ella, por un salario mínimo, pensión y subsidio de paro, de un millón de bolívares mensuales, jornada semanal de 30 horas sin reducción salarial, jubilación a los 55 años. Hospitalización y medicinas gratuitas para todos. Por la organización sindical no subvencionada que promueva la huelga indefinida y sin "servicios mínimos", proponiendo y preparando la extensión a todas las empresas y sectores. En la época del imperialismo este tipo de sindicalismo sólo lo puede propagar y dirigir el Partido Comunista de Clase. El Partido Comunista Internacional. También por eso llamamos a las vanguardias proletarias a acercarse al partido y a través de él a la doctrina marxista y al programa comunista. Teniendo claro que chavismo y antichavismo son las dos caras del mismo capitalismo.

ITALIA: TÉCNICAS DEL OPORTUNISMO SINDICAL

La situación de la economía capitalista a escala mundial está caracterizada hoy en día por la contracción y el estancamiento de la producción industrial y de los intercambios comerciales y financieros, agravados ulteriormente por la sincronía con que la crisis está golpeando las áreas económicas mundiales más desarrolladas. Las mismas economías fuertes (USA, JAPÓN y UE) marcan el paso y están afectadas, en mayor o menor medida, por la recesión económica y por el aumento de las tasas de desocupación. Los esfuerzos de todos los gobiernos, empeñados en este momento en adoptar toda clase de estratagemas para volver a impulsar la competitividad de los sectores que tiran de sus propias economías (que se asfixian a causa de una crónica sobreproducción de mercancías que a duras penas encuentran salidas en los mercados), se someten a las directrices impartidas en todas las salsas por los diferentes organismos internacionales, que representan los intereses inmediatos y vitales del capital y de su sistema. Entonces, he aquí que las recomendaciones de la OCSE y del FMI al gobierno italiano a fin de adaptar el mercado de trabajo y todo el aparato de prevención social a los [standard europeos], única perspectiva que queda para alimentar una posible futura recuperación económica, deben traducirse en maniobras legislativas y consiguientemente materiales, que dejen las manos libres para llevar a cabo un enésimo y más profundo desmantelamiento de todo el sistema de las llamadas [garantías sociales].

El FMI, mediante sus directrices, más allá de la retórica de la diplomacia, declara abiertamente, sin tergiversaciones ni lisonjas, lo que la clase dominante italiana está obligada a decir a media voz y a través de una babel de declaraciones y mentís de su red de gobierno.

Espectáculo consueto éste al que hemos asistido en los últimos meses, pero cuya sustancia se resume con claras letras: el interés general de la sociedad burguesa pasa a través de la nueva dimensión de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera. La más alta prioridad debe ser dada al aumento del potencial productivo y, por tanto, las rigideces del mercado de trabajo deben ser eliminadas por medio de los instrumentos de la flexibilidad contractual y de la libertad de despido; debe ser reducida la presión fiscal para las empresas y estructurado de nuevo el régimen de previsión social con programas dirigidos a aumentar la edad efectiva de la jubilación y la utilización de los fondos de garantía salarial y la creación de impuestos especiales para alimentar y relanzar los fondos de pensiones; se deben tomar medidas dirigidas a la contención y reducción del gasto social y sanitario. En resumen, se trata de disponer arbitrariamente de la clase obrera allí donde el capital lo exija y al precio más bajo posible. En este camino se han colocado poco a poco en estos años *todos los gobiernos que se han sucedido hasta ahora*. De hecho, la Ley Financiera que este nuevo gobierno está ejecutando no es menos consecuente que las que la han precedido, sólo que la actual situación económica exige una que sea más drástica en profundidad y pesantez. La ley está inspirada en una de las más clásicas mentiras de los propagandistas defensores de la economía capitalista: a los proletarios, en periodos de crisis como éste, no les queda más remedio que someterse a los dictámenes de la moderación salarial y de la flexibilidad de la fuerza de trabajo, impuestos por la necesidad de volver a impulsar la competitividad de las empresas y del sistema productivo nacional. He aquí entonces resuelta la solución: hay que engordar las cajas del Estado con el ahorro en el gasto social y en los servicios; hay que eliminar los obstáculos institucionales que impiden la movilidad

laboral; hay que poner a disposición de las empresas recursos financieros que hagan posible una ampliación de la base productiva con la consiguiente pretensión de crear nuevos puestos de trabajo. Y ya que a fin de cuentas el problema número uno es el salario, el coste del trabajo, es decir, el gasto por antonomasia que los capitalistas deben cargarle a otro, éste es atacado a fondo en su forma directa e indirecta.

Las reformas estructurales que están afectando al mundo del trabajo no son nada más que el modo normal con el cual el capital debe funcionar, depurado de todas las garantías y de todos los derechos, instrumentos de sostén y gobierno del ciclo económico, que son igualmente necesarios que aquellos directamente productivos para el funcionamiento de la máquina productiva social y que el mismo sistema, con sus alternas fases económicas y políticas, había introducido en Italia más que en otras partes con fines de conservación social. El capital italiano, por boca de su Gobierno, habla claro: si la clase obrera quiere aumentar y mantener su ocupación, debe renunciar a los aumentos de salario y a cualquier rigidez normativa que regule las relaciones de trabajo — sobre todo en lo que concierne a la libertad de despido (= abolición del art. 18 del Estatuto de los Trabajadores); debe renunciar a la liquidación si quiere una pensión decente (= reforma del fondo de garantía salarial); debe renunciar a tratamientos sanitarios mejores que los inhumanos y deshumanizadores a los que está obligada; debe estar disponible para un aumento de su productividad en aras del llamado interés público y la salvaguardia de la economía nacional.

Es así como se va al encuentro de un periodo de fuertes tensiones sociales, consiguientes a una situación que verá un drástico empeoramiento de las condiciones materiales de toda la clase, sobre todo cuando los efectos de las medidas antiobreras lanzadas por el gobierno y favorecidas por la Confindustria-Patronal, e impuestas por la necesidad del capital de superar de forma drástica la actual crisis galopante, se sumarán al aumento general del coste de la vida cada vez menos cubierto por cambios contractuales (de ello son un ejemplo las recientes controversias, henchidas de recuperaciones salariales que objetivamente no consiguen siquiera compensar la tasa de inflación anual programada). El documento programático actual se vuelve a enlazar sustancialmente a todos los que lo han precedido, concluyéndose en la aceptación de los sacrificios en nombre de la expansión productiva y del nuevo impulso de la economía. Pero la situación actual encuentra a la economía mundial, y por tanto a la italiana, en toda la intensidad de una grave crisis, que ya se anuncia de proporciones profundas y que ve por un lado la progresiva erosión de los derechos sociales obtenidos a la sombra de los inmensos beneficios arrancados en el pasado, y por otro lado la reaparición, en amplias capas de la población proletaria y sobre todo juvenil, del fantasma de la miseria, de la inseguridad y de la marginación.

De esta situación y del riesgo, pues, de una explosión del conflicto social se han dado cuenta todos un poco: de hecho, en el transcurso del otoño hemos recibido alarmantes advertencias condimentadas con polémicas a distancia entre el Gobierno y sectores del sindicato tricolor. El gobierno no quiere entrar en una estación conflictiva con el sindicato, seguía repitiendo Berlusconi, mientras Agnelli se sorprende de sentir hablar de otoños calientes y de movilizaciones callejeras (// Sole 24 Ore, 8/9/01). Ya se sabe: cuando se habla de paz, se trabaja para preparar la guerra! Entre tanto, en diciembre pasado, la FIAT ha anunciado un plan de reestructuración con miles de despidos (extranjeros). Y día tras día, el secretario de la CGIL Cofferati no ha hecho más que pronosticar (aunque claramente de mala gana!) que se iría hacia una estación de movilización social, si se tocaba el artículo 18 sobre los despidos: pero quien como nosotros tiene buena memoria, recordará que ya en otra ocasión en las calles de Italia la CGIL & Co. gritaban desgañados: ¡la escala móvil no se toca!, sabiendo

bien que estaban mintiendo y aceptando a continuación: primero el decreto legislativo del entonces gobierno de Craxi, y a continuación el referéndum para abolirlo, sin ninguna seria oposición. Los sindicatos tricolores habían concertado desde hacía años la salvaguardia de la economía nacional, y la situación hoy no ha cambiado en absoluto.

Indudablemente, las tensiones, después de la entrada en vigor de las nuevas normativas, crecerán y se multiplicarán. En espera del enfrentamiento entre las partes sociales, los sindicatos — divididos por distintas y difuminadas posiciones frente a las reformas del Gobierno, que de hecho cancelan y superan la política de la concertación fruto de los acuerdos de Julio del 93 (nunca más diktat sindicales ni acuerdos unánimes, la concertación se ha acabado), afirma el ministro de Trabajo Maroni — agitan la calle con el auxilio de sus flecos (más extremos) (CGIL). Pero esperan y están más disponibles para el enfrentamiento con el gobierno, antes de presentar contramedidas, dudando y mediando con los llamamientos de fábula de los secretarios de CISL y UIL.

CURSOS CRUZADOS

La situación a la que va la clase obrera y que determina en ella un sentido extenso y creciente de inseguridad, es el producto del cruce de dos cursos de acontecimientos objetivos. Por una parte, el capital no puede pensar en salir de la actual fase de crisis sin asestarle a la clase trabajadora una serie de golpes cada vez más duros. De hecho, la Confindustria-Patronal continúa acosando al gobierno pidiendo reformas estructurales cuya impopularidad no hay que tener en cuenta: no, pues, un simple y único golpe del cual los proletarios tengan la creencia de poderse levantar reconquistando en un futuro el terreno perdido, sino una serie de medidas drásticas y limitadoras del salario, del status quo ocupacional y de la misma posibilidad de lucha de los obreros, sin que existan con ello en el horizonte claras perspectivas de recuperación económica a corto plazo y a niveles comparables a los de los decenios pasados. Por otra parte, cuanto más tientes oscuros asume el contexto económico (evidente y objetivo indicador de la cada vez mayor incompatibilidad entre los intereses antitéticos de capital y trabajo asalariado), menos saben y quieren avanzar las organizaciones sindicales — que en los últimos años han perfeccionado, en detrimento de la lucha abierta y antagonista contra la patronal, el diálogo con dicha contraparte considerada como sustancialmente afín en esa relación de comunidad de intereses puesta como salvaguardia de la economía nacional — prerrogativas y prácticas de lucha clasistas, cuyo oportunista abandono les ha permitido a las organizaciones sindicales convertirse en el referente institucional para la defensa de los intereses de los trabajadores. De esta forma, los dos cursos se condicionan recíprocamente y los trancazos in crescendo que los trabajadores soportan progresivamente, no serían posibles o no asumirían tales dimensiones sin el abandono y la reducción al mínimo por parte sindical de la lucha reivindicativa, apoyada por la huelga intransigente que desde siempre es la única arma fuerte en manos de los obreros. La práctica, que ya es una costumbre oportunista, de evitar la lucha a favor de concertaciones y de diálogos colaboracionistas a costa de la piel de los trabajadores, ha sido puesta progresivamente en práctica, cada vez más frecuentemente, con la sola y única condición de subordinar la defensa de los trabajadores al salvamento del modo de producción, de la sociedad y de las instituciones políticas propias del capital, creando la ilusión en los trabajadores de que las conquistas sociales obtenidas con las luchas se habían convertido en derechos adquiridos y ya no reformables. Esta acción, completamente coherente con la fisonomía asumida por las organizaciones sindicales como engranajes de la máquina administrativa del estado, ha contribuido antes que nada a la transformación en materia jurídica, y por tanto en cuestiones relativas a leyes, decretos y reglamentaciones, lo que es y sigue siendo un problema de lucha entre

las clases, de relaciones de fuerza en la ineluctabilidad del enfrentamiento social. Pero el oportunismo sindical no puede tensar la cuerda más allá de un cierto límite. Precisamente porque, superado éste, perdería la capacidad de convencer y continuar dirigiendo a la gran masa de los trabajadores por el surco del orden constituido. De hecho, todos los recientes entumecimientos sindicales respecto a las maniobras gubernativas sobre salarios, reforma de las pensiones y despidos, a través de los relativos instrumentos para oponerse a ellas (alguna huelga fragmentada y de pocas horas, la apelación al Presidente de la República y una campaña informativa dirigida a los ciudadanos, de los cuales se erigen en portavoces CISL y UIL, mientras CGIL alza la voz y se obstina en la huelga general), tienen siempre el mismo objetivo: canalizar hacia los aspectos formales las posibles protestas y los malhumores de las franjas obreras más combativas. Los tres sindicatos maniobran por el restablecimiento de la concertación y por consiguiente en la perspectiva de dirigir la acción reivindicativa al pantano de la salvaguardia de la economía nacional (en otras palabras, de las ganancias extorsionadas por la clase capitalista en el territorio itálico y gracias, además, a la desubicación) y reconducir al proletariado a la aceptación de los acuerdos que se deben suscribir, conservando su papel de referente institucional directo con Patronal y Gobierno.

La tensión y la polémica abierta entre los sindicatos y el Gobierno demuestran que no existe ya un espacio reivindicativo como en los años 70, o de mediación del consenso como en los años 80-90: el enfrentamiento es hoy potencialmente global, y los sindicatos corren el riesgo de no poder garantizar ya el control efectivo de la acción obrera, esto es, un control basado en la confianza que en un tiempo inspiraban. En el transcurso de todos estos años, ellos se han separado completa y definitivamente del proletariado, pasando a desempeñar una función de control del mismo y convirtiéndose en una sucursal del Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, sistematizando a empleados y funcionarios detrás de las ventanillas y los escritorios administrativos y organizando encuentros en hoteles de cuatro estrellas para sus bonzos dedicados al carrerismo. Precisamente dicho papel de control social, evidentemente antiobrero, que el sindicato ha asumido y que asumirá cada vez más en el futuro, revela con certeza que este gallardete de una oposición dura a la línea de Confindustria y Gobierno por parte de sectores de izquierda del sindicato tendrá la función ruinosas, para la reanudación de la lucha de clase, de canalizar en las formas y en los modos menos dolorosos para el capitalismo nacional las previsibles y posibles reacciones de la base obrera, apenas todas las normativas entren en vigor y afecten directamente las condiciones de todos los trabajadores.

DE LUCHA ECONÓMICA A LUCHA POLÍTICA

Frente al desenvolvimiento que el capital, acosado por la crisis del propio sistema, esta llevando adelante con fuerza y virulencia incluso en las fortalezas del bienestar, la clase trabajadora se siente hoy abandonada incluso en el terreno, del todo compatible con la sociedad vigente, de las promesas reformistas. Es éste un abandono alimentado por los reflejos psicológicos inducidos por el miedo a perder el puesto de trabajo y por el aislamiento material en que se mantiene a categorías y fábricas, destacamentos y obreros individuales, en una estancada situación de inercia, cuyos aspectos disgregadores y desmoralizadores deben ser buscados sobre todo en la tregua absoluta de acciones auténticamente sindicales y reivindicativas de los años pasados, en la sistemática destructuración de los métodos de lucha y en su reglamentación para limitar su eficacia. Destructuración de la que el sindicato, que hoy alza la voz, ha sido uno de los artífices junto con los gobiernos técnicos primero y de Centro-izquierda después, que han llevado al inexorable deterioro de las condiciones de vida y de trabajo, pero también de la misma posibilidad de lucha de la clase obrera. En esta

dirección, nada indica que el sindicato, a merced del oportunismo, quiera y, si acaso quisiera, pueda enfundar el arma de cartón piedra del diálogo y de la concertación, para desenvainar finalmente la espada de la lucha abierta, independiente y directa, la única capaz de conseguir éxitos no efímeros en el terreno de la defensa económica de la clase proletaria. De este modo la fuerza-trabajo resulta encuadrada y disciplinada en el marco de un pacto social de salvaguardia del interés del capitalismo nacional; de reflejo, el sindicato se ha transformado en el trámite del consenso social, en un pacto sin embargo que el proletariado estará obligado a disolver, impulsado por el agravamiento de sus condiciones materiales.

Es sobre este terreno, de cuya actual pobreza hay que hacer que los obreros sean conscientes, donde los comunistas están llamados a batirse al flanco de los destacamentos más combativos de la clase obrera, único agente social revolucionario, insertándose y participando activamente en las luchas, incluso si éstas están distinguidas por reivindicaciones económicas mínimas. Los comunistas deben preocuparse, hasta en sus mínimos detalles, de las cuestiones económicas por las que se batien los trabajadores, ya que la lucha contra el capitalismo pasa ineluctablemente contra la explotación directa de la clase obrera y del trabajo asalariado. Esto no significa en absoluto querer ocupar el sitio de las organizaciones sindicales, sino desarrollar la actividad que es propia de los comunistas, el trabajo de explicación del carácter efímero y limitado únicamente de la lucha económica, la actividad de propaganda, de agitación y de organización política, en estrecho contacto con la clase, en la cual la acción del Partido comunista sea conocida y apreciada, aunque sea a través de una larga, dura, tenaz y oscura lucha sindical por las reivindicaciones, conducida sobre una línea clasista.

El oportunismo sindical y político ciertamente es todavía bastante fuerte, y actúa con todos los medios a su disposición para impedir que explote la carga potencial que se está acumulando en las filas del proletariado; pero la clase, objetivamente empujada por las exigencias materiales de defensa de sus condiciones de vida, una vez unida y organizada por encima de las categorías, tiene todos los elementos para ser mil veces más combativa y podrá volverse a levantar y defenderse primero, y luego atacar, a condición sin embargo de rechazar la gestión conciliadora y responsable de las luchas llevada hasta ahora adelante por el sindicalismo oficial: esto es, rechazando la política de colaboración con la clase dominante y su Estado y proclamando la huelga general, sin previo aviso ni límites de tiempo, como única forma de lucha realmente incisiva para la consecución de sus exclusivos objetivos clasistas. Las condiciones objetivas de esta inversión de ruta maduran en el seno del modo de producción capitalista en crisis: pero este nudo, este círculo vicioso permanente, requiere para ser roto bastante más que la sacrosanta lucha de defensa económica. Requiere la lucha de ataque a las bases mismas del modo de producción capitalista, la lucha política para su superación cualitativa y social, que únicamente puede ser la lucha revolucionaria.

Hoy, la necesidad y la urgencia de esta lucha sólo pueden ser compartidas por una ínfima minoría de proletarios. Pero sólo si se enmarca dentro de la acción del partido ella puede encontrar las justas condiciones de su desarrollo, crecimiento y reforzamiento, de la sana dirección de los fines últimos, de la sólida organización y de la continuidad programática de teoría y acción, que el PARTIDO de clase representa, en un mundo hostil que basa su dominio en la corrupción material e ideológica del proletariado. Es en el partido donde se preparan las condiciones subjetivas de dirección política, faltando la cual el movimiento de defensa y de liberación de la clase proletaria, impulsada a batirse por determinaciones materiales inexorables bastante antes de tener conciencia de ello, se dispersaría en una guerrilla generosa pero impotente contra las fuerzas formadas en orden de guerra, y armadas hasta los dientes, de la clase explotadora.